

liz; se acercó la época en que debía dar á luz á aquel sér condenado de antemano á sufrir, y Andrés fué á ver á don Alfonso para pedirle que llevase á Florencia á su hija, á fin de que no pudieran enterarse en el pueblo de su deshonra.

—Al contrario, exclamó don Alfonso; es necesario que todo el mundo sepa allí que es madre; pero su mayor castigo no es la vergüenza de que se sepa que ha sido adúltera, sino que todo el mundo crea que ese hijo es legítimo, y se vea agobiada por las felicitaciones de los que vean en ella una mujer honrada.

Era mucha crueldad; pero Andrés no podía oponer resistencia á los deseos de don Alfonso.

Anunció que habia llegado su hija para dar allí á luz el fruto de su amor, y Esperanza tuvo que ocultar, á las personas que acudieron á visitarla, el acerbo dolor que encerraba en su pecho.

El momento supremo se acercaba.

En tanto Américo, de regreso de su viaje, llegaba á Florencia é indagaba con el mayor interes el paradero de Esperanza y de don Alfonso.

Informado de que la jóven vivia con su padre, y de que su marido habitaba en una casa de campo de Florencia, procuró saber cuál era la situacion de Esperanza.

Aun llegaba á tiempo.

Aun no habia visto la luz del dia el fruto de su amor.

## CAPITULO VI.

### Expiacion.



ANTO habia sufrido el pobre Américo Vespucio que era difícil reconocer en él al apuesto caballero, al donoso galan que habia encendido la llama del amor en el corazon de Esperanza.

Por una parte su pena, por otra los trabajos que habia pasado y las enfermedades que habia sufrido en la colonia, le habian desfigurado de tal modo, que solo era su sombra, una sombra tristísima, casi un cadáver.

Eran escasos sus recursos, iba à necesitar emplear algunos florines en sobornar á las personas que rodeasen á Esperanza, para verla, para saber al ménos su situacion, y en tan apurado trance tomó una resolucion extrema.

Dominando su natural temor, fué al palacio de los duques de Médicis, y preguntó por el que hasta hacia poco habia sido su protector y el amparo de su familia.

Se hizo anunciar y no tardó en ser recibido.

Su llegada causó gran sorpresa al duque, porque habia tenido noticia de su desaparicion, é ignoraba los motivos que le habian impulsado á abandonar un puesto tan ventajoso para él.

Apénas estuvo en su presencia, cayendo á sus piés:

—Vengo á pedir os perdon, le dijo Américo, por la apariencia de ingratitud con que he pagado vuestros favores: Una

dolorosa revelacion que voy á haceros me hará aparecer á vuestros ojos como un hombre culpable. Pero al mismo tiempo confio en hallar piedad en vuestra alma para mis desventuras.

Una mirada benévola del duque le animó.

Con el lenguaje del sentimiento refirió al duque sus amores con Esperanza, su arrepentimiento, su desaparicion para poner término al delito que cometian, su embarque para América, la noticia del estado de Esperanza cuando él se hallaba á bordo y no podia volver.

Toda esta relacion interesó vivamente al duque, y le predispuso en favor de Américo.

—Ahora comprendo, dijo al final Cosme de Médicis, la honda tristeza de mi buen servidor Alfonso Ornili. Le conozco bastante para saber que su venganza será horrible.

—En este trance necesito vuestra proteccion.

—Me habeis servido bien, sois jóven, os estimo, estoy dispuesto á auxiliáros en cuanto pueda.

—Yo necesito á toda costa librar á Esperanza de la muerte afrentosa que le aguarda; yo necesito al ménos vivir cerca de ella, observarla, velar por su vida y cumplir los deberes de padre cuando llegue el momento.

—Contad conmigo para todo.

—Vos, señor, conoceis sin duda al doctor Caracciolo, que siendo una persona de toda confianza de don Alfonso, es seguro que asistirá á su esposa. Recomendadme á él como criado, si es preciso.

—¿Y si os ve don Alfonso? ¿Y si descubre vuestros proyectos?

—Vos, señor, no podeis permitir que una mujer honrada, que una mujer arrepentida, sufra el martirio de verse sepa-

rada del hijo de su amor, para expiar de una manera bárbara el olvido de un instante, la ceguedad de un momento.

—Sirviendo á ese doctor no lograriais nada. Vale más que podais vivir en libertad y con recursos para acercaros á la madre de vuestro hijo. Tomad esta bolsa, añadió, entregándole una muy repleta de florines.

—Yo os lo devolveré con creces, contestó Américo, separándose de su protector, penetrado de la más profunda gratitud.

Aunque estaba desconocido, no solo para don Alfonso, sino para Esperanza, se disfrazó aun más, se dirigió á la aldea y se hospedó en un convento de franciscanos que habia á poca distancia de las casas.

Á los pocos días notó desde su retiro gran movimiento en la casa donde estaba Esperanza.

El doctor Caracciolo habia llegado en una mula, se habia hospedado, y pasó una semana hajo aquel techo.

La noticia del alumbramiento de Esperanza circuló por la aldea, y no tardó Américo en saber que tenia una hija.

Los vecinos de la aldea acudieron á felicitar á su madre, y como habia mandado don Alfonso, se celebró el bautizo con gran pompa, mortificando á la infeliz, que al mismo tiempo que acercaba sus pechos al fruto de su amor, quemaba sus mejillas con las lágrimas que se desprendian de sus ojos.

Pasaron los festejos: el doctor Caracciolo volvió á Florencia, y la recién nacida quedó con su madre en la aldea.

Grandes esfuerzos tenia que hacer Américo sobre sí para no atropellar por todo, proporcionarse una entrevista con Esperanza, y partir con ella para disfrutar de su amor y de las caricias de su hija, sin que oscureciera el horizonte de su vida la negra sombra del remordimiento.

Al mes se presentó en la aldea don Alfonso.

Iba á empezar á cumplir su venganza.

Entrando en la habitacion en donde estaba su esposa ve-  
lando el sueño de su inocente hija:

—Solo durante un año os necesita esa pobre criatura, le dijo:  
al cabo de ese tiempo se separará de vos para siempre. Os  
quedan once meses à su lado.

Esperanza no se atrevió á levantar los ojos delante de su  
marido.

Este desapareció.

La pobre madre, cayendo de rodillas á los piés de la cuna  
y besando á su hija:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Tened piedad de mí! exclamó.

Un día, al pasearse, llevando en brazos á su hija, por el  
huerto que rodeaba su casa, cayó á sus piés un papel muy  
doblado y atado con un hilo.

Le recogió instintivamente, le guardó en su seno, y poco  
despues, al volver á su casa lo leyó.

«Valor, Esperanza, valor, habia escrito en aquel papel  
Américo; lo sé todo, y velo por vuestra vida y la de nuestra  
hija.

«No me presento á vos por no agravar la triste situacion  
en que estais.

«Pero vivo cerca, observo á vuestros enemigos, contrares-  
taré sus planes, y lo único que os suplico es que alguna vez  
lleveis à vuestra hija hácia el convento de franciscanos para  
que yo pueda verla sin que nadie lo observe.»

Esta carta sirvió de gran consuelo á la pobre madre y por  
un momento llegó á olvidar la venganza de su esposo.

Pero al cumplirse el segundo mes, cuando ménos lo espe-  
raba, se halló en presencia de don Alfonso.

—Faltan diez meses, dijo éste con acento terrible, para  
que os separeis de vuestra hija.

Su acentó heló la sangre en las venas de Esperanza.

¿Seria capaz de separarla del fruto de su amor, de aquella  
pobre criatura que consolaba todas sus aflicciones, que ofre-  
cia á su alma las dulzuras del amor maternal?

Pero Américo estaba á su lado, y no lo consentiria.

Sin embargo, Américo era pobre y don Alfonso rico.

Américo vivia oculto, no podia acercarse á él, no sabia  
dónde estaba ni como hallarle, porque no habia vuelto á re-  
cibir noticias de él, y aun cuando habia llevado á su hija há-  
cia el convento de franciscanos, por más que habia mirado  
á todas partes no habia visto á su amante.

Con su padre no podia contar.

Era tal la aficcion del pobre anciano, tal el odio que sentia  
hácia el seductor de su hija, que era probable que al recono-  
cer á Américo Vespucio, olvidándose de su amor, de su edad,  
le provocara, aumentando el conflicto.

Trascurrieron algunos meses más, y al final de cada uno de  
ellos, las terribles palabras de don Alfonso resonaban en el  
oído de Esperanza, que veia acercarse con horror el término  
fijado para su separacion de la niña.

Cada día le era más doloroso aquel momento en que de-  
bian arrebatárle el único consuelo de sus desventuras.

En este tiempo nada supo de Américo.

El infeliz no habia podido resistir la dolorosa situacion en  
que estaba, y habia caido enfermo de mucha gravedad.

Durante cuarenta dias habia estado luchando entre la vida  
y la muerte.

Al cabo de este tiempo se habia desmejorado de tal modo,  
que los frailes franciscanos que le asistieron se le llevaron á  
la fuerza á las montañas para que recobrase la salud.

Apénas se restableció volvió á la aldea, resuelto á jugar el  
todo por el todo.

Una fatal coincidencia realizó entónces su más vivo deseo. Américo volvía á pié desde las montañas hasta el convento de franciscanos, y aún estaba en el camino cuando oyó el toque de ánimas en la iglesia del convento.

La noche estaba oscura, y el viento, desencadenado, producía un sordo rumor al agitar las ramas de los árboles.

Todo permanecía en silencio, y al llegar á un recodo del camino vió Américo de pronto un resplandor siniestro en la aldea donde vivía su amada.

Poseído de una ansiedad febril, apresuró el paso y al acercarse notó que el fuego era en la misma casa de Esperanza.

Pero nadie había reparado en él, porque todos los vecinos de la aldea estaban entregados al sueño.

Al acercarse Américo á la casa oyó terribles gritos.

Era la madre, que pugnaba por salvar á su hija, y se veía envuelta en llamas.

—Valor, valor, gritó Américo con todos sus pulmones para que le oyera Esperanza.

Inmediatamente corrió á pedir auxilio, y apoderándose de una piqueta, con otros varios aldeanos, no tardó en abrir camino para que salieran de la casa los habitantes de ella, siendo el primero que llegó hasta la habitacion donde estaba Esperanza.

—Valor, esposa mia, soy yo; Dios ha querido pueda salvarte y salvar á mi hija.

Cuando estuvieron en salvo, buscó Esperanza á su padre, y no le halló.

Américo entró, desafiando las llamas, hasta la habitacion del anciano, y le encontró sin sentido.

Pidió auxilio, y con ayuda de los aldeanos logró ponerle en salvo.

El infeliz Andrés, al volver en sí, despues de enterarse de

lo que habia ocurrido, manifestó su gratitud al desconocido que le dijo llamarse Gioto.

El incendio pudo apagarse sin gran detrimento de la casa.

Esperanza, con su hija, se alojó en la morada de un vecino.

Al volver á su casa, el primer cuidado de Andrés fué visitar á su salvador, que segun le dijo, habitaba en el convento de franciscanos.

Gracias á esto, pudo Américo, sin ser conocido, ir á casa de Andrés, ver á menudo á Esperanza, y sobre todo acariciar á su hija.

Solo faltaba un mes para que se cumpliera la sentencia dictada por el marido vengador.

Esperanza y Américo Vespucio lograron verse á solas.